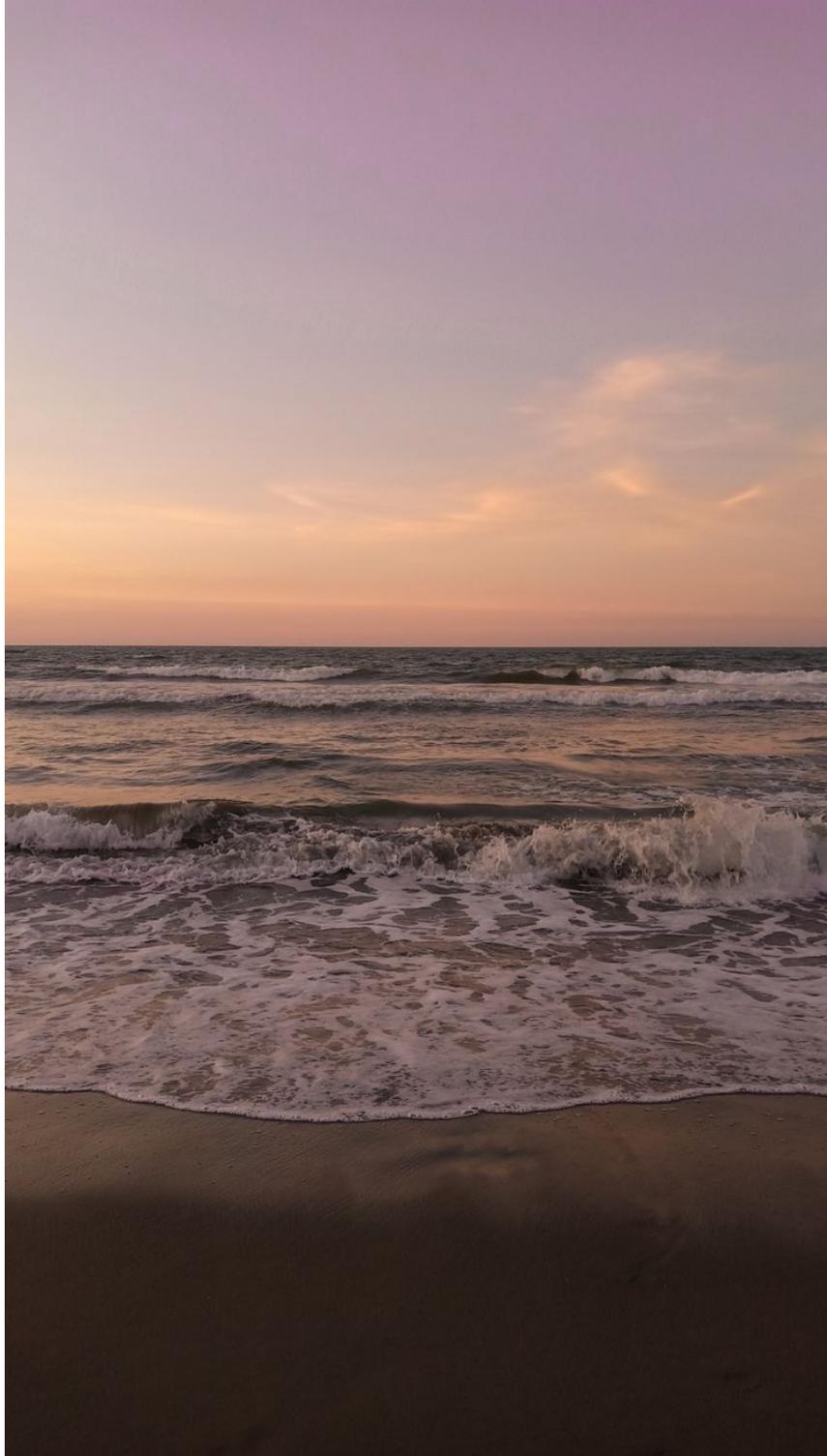


Dado por vencido

Lilac Blar



Capítulo 1

No tuve tiempo de verte salir por la puerta. Cuando reuní el valor para girarme, ya era demasiado tarde. Tenía el corazón roto, un trozo en cada mano, salpicando la encimera con mis lágrimas.

Las cortinas bailaban en la brisa mañanera, y dejé que el sonido del mar meciera mi pobre corazón. Cerré los ojos ante la avalancha de pensamientos, tus palabras repitiéndose mil veces en mi mente, como si pudiera bloquearlas.

Nunca supe que podía escuchar el sonido de mi corazón al romperse de este modo. Porque nunca creí que las cosas pudieran terminar tan, tan mal para mí.

Si alguna vez habré visto tus ojos apagados, tu voz hueca al hablar, la ausencia de tu cuerpo al lado del mío, fueron indicios que muy ciegamente decidí ignorar. Una pequeña parte de mí sospechaba que algo había cambiado. Que algo en nosotros era distinto. Todas esas largas noches sin saber por qué tu teléfono estaba apagado, por qué nadie sabía dónde estabas, tu lado de la cama frío por las madrugadas.

Nunca me dijiste que dormías bajo el cielo, tumbado en la arena, dándome la espalda. Que preferías el susurro de las olas y el frío del mar a la calidez de mis manos entre las tuyas. Si me hubieras dicho que la luz se había apagado y que el amor se escapaba entre tus dedos como el agua, tal vez hubiera tenido la oportunidad de prepararme. De decirte adiós cuando todavía te tenía cerca. Cuando me dijiste que no había nada que salvar, que tu amor se había esfumado, olvidé cómo se respira durante unos segundos. Me arrebataste el aire de los pulmones con tus palabras, bruscas como un golpe.

Dejé el café a medias mientras buscaba algo que decirte, para responderte, o retenerte, o enviarte a la mierda. Pero te fuiste, el sonido de la puerta cerrándose detrás de ti, haciendo permanente el silencio con el que me había acostumbrado a vivir. Ni siquiera me diste la merced de mirarme a los ojos, disparando tu voz como balas que se clavaron en mi espalda. Me arrodillé ante la presión del dolor, gateando con huesos rotos hacia el balcón, el balcón en el que te gustaba besarme por las mañanas, el balcón en el que fumabas, el balcón desde el que admirábamos el mar cuando el sol se escondía. Dejé que los tímidos rayos del sol me cegaran, que el viento secara las furiosas lágrimas que correteaban por mi cuello, que la sal del aire besara mis mejillas.

Con pasos temblorosos, me levanté del suelo y recorrí el camino, mis huellas sobre tus huellas recientes, hacia la playa. Renuncié a todo lo que fui para estar contigo, sin dudar ni un solo momento sobre las

consecuencias. Di un paso hacia la orilla y el agua empapó inmediatamente mis pantalones, y le di la bienvenida a la sensación del frío.

Di otro paso, y otro más, hasta que noté mi cuerpo empezar a desmoronarse, a caerse como piezas, como piedras, en el azul del mar. El precio que tuve que pagar, lo que tuve que dar para estar contigo... mi deuda con el mundo. Maldiciendo tu corazón, tu amor efímero, me desvanecí entre las olas, llevándome todo el dolor conmigo.

El mar me vio salir el día que decidí estar contigo, y fue el mismo que me reclamó el día que decidiste no estar más.

Me convertí en la espuma eterna, en el recuerdo permanente de un amor que se dio por vencido.